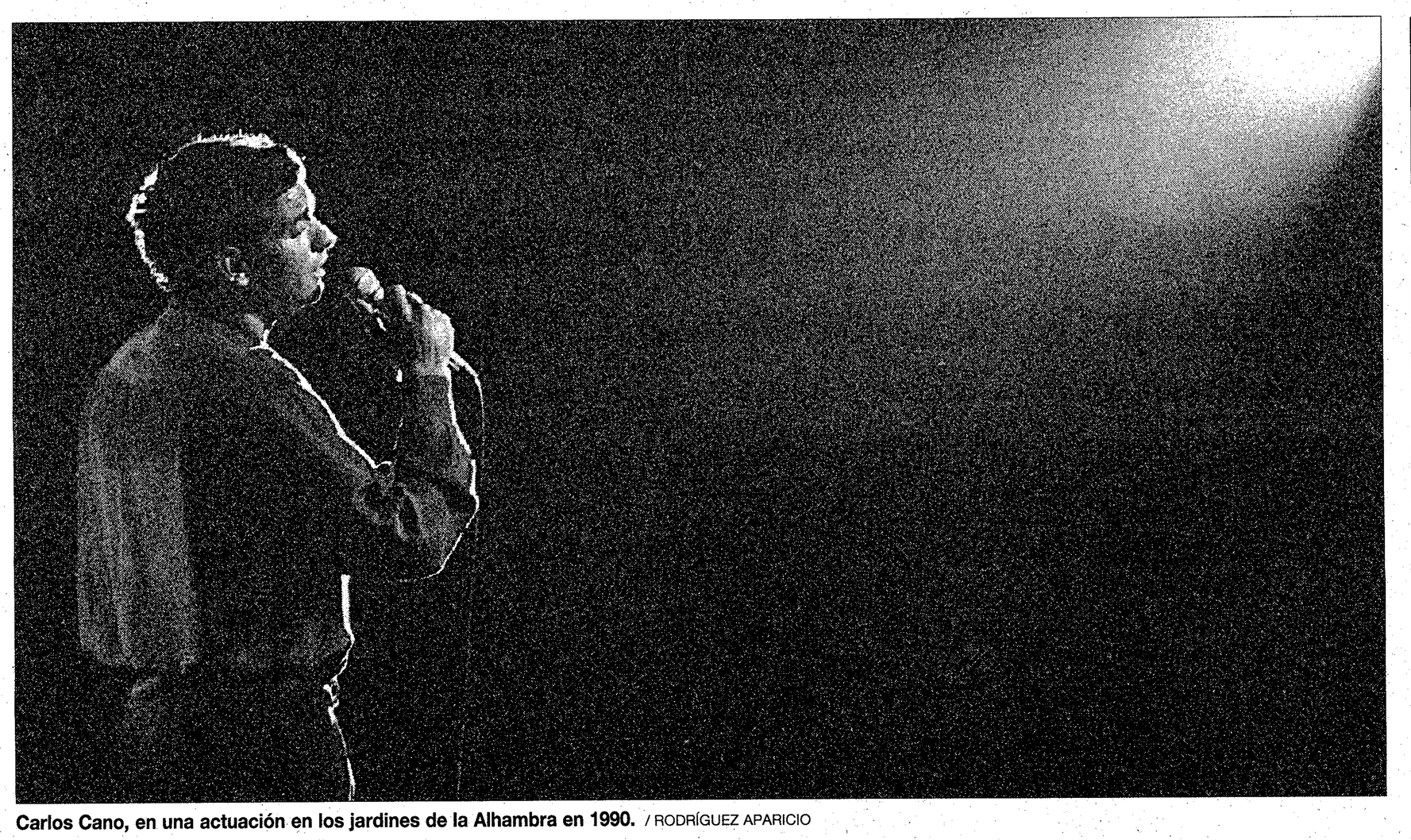
DESAPARECE EL GRAN RENOVADOR DE LA COPLA



Carlos Cano, en una actuación en los jardines de la Alhambra en 1990. / RODRÍGUEZ APARICIO

Salam Aleikum, hermano

JAVIER VALENZUELA

La noticia, hermano, me apuñala saliendo de Estados Unidos, donde una vez salvaron tu corazón, y viajando hacia nuestra Granada, donde pensaba abrazarte, pedirte que aguantaras, confesarte que te necesitábamos. Somos tan pocos, Carlos, que no podemos permitirnos más bajas. Qué faena, Carlos, qué faena.

La noticia se produce a dos semanas del 2 de enero, el día de la toma de Granada. Ese día que tú y otros granadinos queríamos que se convirtiera en la fiesta de resurrección de una ciudad abierta, tolerante, multicultural, una ciudad que vuelve a ser faro de judíos, cristianos y musulmanes, y también agnósticos y descreídos.

Pero un alcalde derechista y, con todos los respetos, mala *follá* respondió a nuestro manifiesto con esta grosería: "Si quieren ponerse el turbante, que se apunten a la cabalgata de los Reyes Magos".

Tu represalia, en el álbum *El color de la vida,* fue genial, y la pongo ahora mismo en mi tocadiscos: "Yo tan campante, en mi elefante, con mi chilaba y mi turbante".

Eras, Carlos, de una estirpe de granadinos que, aunque minoritaria, es la auténtica, la de León el Africano y Federico García Lorca. La que considera que el espíritu cateto y reaccionario de *tierra del chavico* es una desgracia. La que cree que Granada es —o debería ser— el punto magnético de un triángulo formado por Andalucía, el Mediterráneo árabe y judío y las Américas. Eras —qué duro me resulta emplear el pasado— uno de esos granadinos que puede ser muy de *Graná* y muy de todas partes.

Vibrabas, Carlos, con las energías de Madrid y Nueva York y con los acentos dulces del castellano —tan próximos al tuyo— de La Habana y Buenos Aires. Y eras un pasaporte en tierras de moros.

Más de una vez te conté que, en los años ochenta, me escabullía de las barricadas y los intentos de secuestro de los islamistas de Beirut contándoles que yo era de Granada, Garnata, la ciudad de la Alhambra. Y que en mis viajes de aquellos tiempos al Irán de Jomeini me abría muchas puertas el llevar casetes tuyos, en particular uno que incluía el llamamiento del almuédano a la oración.

Nos reíamos de eso, porque ni tú ni yo éramos musulmanes, y ni mucho menos integristas. Pero también nos emocionaba la vigencia del prestigio en lugares tan lejanos de nuestra ciudad. Era una muestra de que, con un poco de buena voluntad, Granada podría volver a brillar como una de las capitales culturales de decenas de millones de almas de todo el planeta.

Por eso queríamos que el 2 de enero dejara de festejar el aplastamiento a sangre y fuego de la Granada multicultural, para convertirse en otra cosa, en un grito de vida.

Éramos pocos y tú te vas. A lo mejor desde donde estás ahora miras para abajo, sonríes con esa maravillosa sonrisa tuya y con voz recia y hermosa como nuestra sierra cantas aquello de: "Aquí te espero, comiendo un huevo, con papas fritas y caramelos". Espera un poco más, Carlos, que aquí abajo vamos a seguir intentándolo. Entretanto, Salam Aleikum, hermano.

Un andaluz cosmopolita

IGNACIO MARTÍNEZ

Tímido y perfeccionista como nadie, a Carlos Cano le dio pánico durante años subirse a un escenario; tardó tiempo en saber disfrutar del contacto con el público. Fue siempre un rebelde, antes y después del éxito. No sabía "quedar bien" si sus sentimientos o sus ideas estaban de por medio.

Una de sus primeras composiciones fue ponerle música a un poema de García Lorca, *Casida de las palomas oscuras.* Esta canción, que grabaría dos veces, en *Crónicas granadinas* (1978) y *El diván de Tamarit* (1998), le abrió las puertas de su debú internacional: En diciembre de 1972 se organizó en la sede de la Unesco en París un homenaje mundial a García Lorca y alguien le recomendó. Lo llevan sin conocerle "sólo porque dicen que he hecho una cosa de Lorca", y no tienen dinero para pagarle a nadie y menos a artistas desconocidos. "Lo que me ofrecen es un trabajo; estuve un mes y medio en la Unesco llevando papeles por los despachos". Durante la actuación tenía unos nervios horrorosos: "Enrique Morente, que estaba en la primera fila, me cogía la pierna para que no se me moviera, diciéndome, 'tranquilo, granaíno, tranquilo, paisano'".

En el debate que se celebró en la Unesco ya dejó la tarjeta de visita de su carácter: "Empezaron a discutir entre ellos, los franceses, todo el mundo, y de pronto yo, tan tímido, que estaba callado, callado, exploté y dije: 'Nosotros parimos los poetas y los fusilamos, para que ustedes los franceses puedan escribir libros de ensayo'. Hubo un silencio absoluto y una voz dijo 'me gusta ese muchacho'. Era Ian Gibson, allí nos conocimos".

Nunca le sedujo el poder. Su abuelo materno fue un químico socialista fusilado en el 36 y él era un antifranquista predestinado. Pero cuando llegó la democracia y el PSOE fue ganando elecciones en las grandes ciudades, las diputaciones, las comunidades autónomas y finalmente gobernó en España, Carlos no se sintió "uno de los suyos". Estaba casi siempre apoyando *causas perdidas.*

Se sumó al incipiente movimiento nacionalista andaluz, y respaldó a organizaciones de jornaleros, como el Sindicato de Obreros del Campo que presidía en aquellos años de la transición el cura párroco de Los Corrales (Sevilla), Diamantino García. Tampoco quiso convertirse en la bandera política de nadie. En 1977, después de publicar sus dos primeros discos, dio un recital en Madrid en el Teatro Alcalá, que estaba lleno a rebosar. El ambiente estaba tan caldeado antes de empezar, que Carlos se temió que derivara en un mitin. Alguien gritó "¡Viva Andalucía libre!" y él contestó muy seco "¡Viva Andalucía sensible!" y calmó el ánimo de los entusiastas.

Era amigo del sarcasmo; reivindicaba su franqueza y escasa mano izquierda como "herencia de la *mala follá granaína*", de la que se reía con guasa. Sin embargo se enamoró del humor gaditano, como paso previo a su idilio con La Habana. Su primer éxito de multitudes fue precisamente la Habanera que compuso con Antonio Burgos. El pregón del Carnaval de Cádiz que hicieron juntos en 1988 (él con un tipo de marino) acabó para siempre con su miedo escénico.

En Andalucía, donde la mayor parte de la gente piensa que "su tierra" es su pueblo o ciudad natal y España, Carlos Cano ha sido un raro ejemplo de ciudadano que no ha sido menos granadino, ni menos español, por sentirse, sin estridencias, un andaluz completo y orgulloso de serlo. Y al mismo tiempo, un ser cosmopolita curioso y preocupado por cualquier persona o lugar del planeta.

Vivió entre Sevilla y Granada desde su operación a vida o muerte de Nueva York en 1995. Su última verdadera preocupación era ver crecer a su hijo Pablo, que pronto hará los cinco años.

Una voz de terciopelo elegante

CLARA MONTES

Hace unos pocos días tuve el privilegio de dar un concierto en Madrid con Carlos Cano, el primero y el último que di con él, muy a pesar mío. Para mí ese día era un día muy importante (más lo es ahora), ya que tenía que compartir escenario con un gran artista y un gran amigo de mi padre. Un hombre al que con 18 años yo llamé para que me aconsejara en esto del cante. Con mucha paciencia, se citó conmigo en el café de Oriente de Madrid y recuerdo que entre palabra y palabra los gorriones se comían la migas que habían sobrado de unos montaítos de jamón.

Me habló del cante como una manera de ser, como un sentimiento común para compartir con los demás, del ejemplo a seguir de grandes artistas como Amália Rodrigues, Edith Piaf, Billie Holliday, etcétera...

Que esto no era un juego, sino una manera de entregar el alma.

De pronto, años después, me veo a su lado cantando esas *Habaneras de Cádiz* o *La bien pagá,* disfrutando de él con él.

Después nos fuimos a tomar algo y acabamos en el bar de mi hermano, de madrugada. Él comiendo como un loco, "porque cantar da mucha hambre"; yo, con sed de saber. Le escuchaba con todos mis sentidos, porque de Carlos había mucho que aprender.

De la vida, a la que agradecía la oportunidad de haber vuelto a nacer para regalarle unos años más, sobre todo para estar con sus hijos. Del amor a esas pequeñas cosas que casi nos pasan inadvertidas y para él eran la esencia del camino de la felicidad. Y de su voz, a la que se daba en corazón y alma para recordar y venerar su pasado, amar su presente y dejar ilusión para el futuro.

Con su voz nos recuperó y nos enseñó otra vez esas coplas olvidadas, venidas a menos y mal vistas por unas ideas políticas equivocadas. ¿Quién mejor que él para devolvérnoslas con la voz honda de terciopelo elegante?

Yo le doy las gracias por darme y enseñarme tanto. Y maldigo al destino que nos lo ha arrebatado antes de tiempo. Hoy se ha marchado un luchador de su tierra, de su cante, un amigo, un hermano de todos los andaluces, un maestro de la copla.

Ahora tengo un nudo en la garganta. Creo que a él le gustaría más que cantase para poder deshacer esta pena. Adiós, Carlos Cano, un trozo de mi corazón se va contigo.

Clara Montes es cantante.